

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

92

Ediciones de ARTES Y LETRAS
(LOS DIEZ)

CRÍTICA

Libros chilenos

HOJAS AL VIENTO.—La sutil y ardorosa escritora que firma sus trabajos con el seudónimo de Clary, ha publicado últimamente con el título que encabeza estas líneas, una serie de cuentos llenos de vida, de misterio, de gracia y de dolor. El título de su obra es, como el de poquisimas, justo. Las páginas pasan, revueltas, arrebatadas por un soplo de rara sinceridad y de pasión. Sus ideas, sus ternuras, sus vehemencias vuelan, dispersas, al aliento de un espíritu encendido por las más nobles aspiraciones. En algunas, las más bellas, hay no sabemos qué de doloroso; diríanse confidencias hechas con frases translúcidas de verdad, con palabras próximas a la revelación de lo no confiado, antes, sino a la brisa o la estrella. Su acento mental es único en nuestra literatura femenina; lo sentimos animado de alma, teñido de emoción.

Las páginas de Clary tienen, además, el mérito de no recordar a ninguno de los novelistas de moda entre las señoras. No son, tampoco, uno de los varios y exquisitos medios que tiene la sensibilidad femenina de libertarse de los residuos sentimentales dejados en ella por la lectura de los novelistas y poetas; son la directa y necesaria expresión

de un alma que se siente atormentada de pureza, de pasión por lo bello y de locura por lo honrado. Clary será, antes de mucho, una de nuestras mejores escritoras.

PÁGINAS DE ANGEL PINO.—Biblioteca de la *Revista Chilena*.—400 páginas.—Imp. Universitaria, 1917.

Hace poco, la *Revista Chilena* ha publicado un libro con el título que encabeza estos renglones. Son artículos de prensa escritos por don Joaquín Díaz Garcés en *El Mercurio* y que, reunidos en volumen, forman una colección de preciosas observaciones hechas por el popular escritor al margen de la vida pública chilena.

¿Quién no conoce a Angel Pino? ¿Quién no ha saboreado en *El Mercurio* alguno de sus artículos con olor a terruño, a nuestra yerbabuena, salpicados de gracejo chispeante y genuinamente nacional?

Pocos como él han sabido observar al pueblo y al «medio pelo» de nuestra sociedad criolla, satirizando en forma amable, con humorismo sano y agudo, las muchas debilidades de sus costumbres. Es que pocos también han estudiado con más amor al guaso y al siútico, nadie ha seguido con más interés en sus ignorados heroísmos, en sus bizarrías, al

primero; y en sus ingenuas e inofensivas ridiculeces, a este último.

El libro que hoy se nos ofrece en las Ediciones de la *Revista Chilena*, es una recopilación de artículos humorísticos. Es preciso advertir que el humorismo es una planta rara en nuestro país. Tierra de tontos graves por excelencia, no se conoce más que la gravedad editorialesca, la frase campanuda y hueca. Una que otra vez han aparecido algunos brotes de escritores espirituales; pero éstos han muerto junto con nacer, o la pereza y la grosería atávica se han aliado para anular sus facultades de liviandad y sana alegría.

Don Carlos Luis Hübner y Angel Pino, son los únicos que persisten como humoristas genuinos de nuestra tierra. Ambos son atildados y correctos, observadores sagaces y trascendentales.

No podríamos clasificar como humoristas a una serie de jóvenes escritores que imaginan que el artículo humorístico no tiene otro objeto que provocar la risa a trueque de cualquier chiste insustancial o de alguna frase malévola o insidiosa.

Para encontrar antecesores a Angel Pino, en lengua española, habría que ascender a Fíguro, el inimitable don Mariano José de Larra. Sólo con él podríamos enlazar un cierto parentesco espiritual. En don Joaquín Díaz Garcés encontramos la misma aguda observación de las costumbres, la misma elegancia y pureza de estilo, e igual intención moralizadora que se desprende de sus críticas pintorescas.

Sus carcajadas nos recuerdan nuestros defectos, y sus bromas nos señalan, en muchos casos, el camino de la cordura.

No temo exagerar al decir que Angel Pino es el mejor escritor de su género en Sud-América y aun en todos los países de habla española. Pérez Zúñiga es demasiado «payaso» y poco fino para superar a nuestro compatriota.

(Publicado en *El Sur* de Concepción, y reproducido en *Las Últimas Noticias*).

POBRECITAS. — Armando Mook. — Santiago, 1917.

Armando Mook, en sus peregrinaciones de bohemio, debió dar con una de esas características casas de pensión que hay en Santiago, en la calle Gálvez, Nataniel o Santa Rosa, y allí, entre bocado y bocado de un puchero sin jugo y un trago de agua (vino barato a las veces) acaso intimó con don Jorge, Rosita o Raquel. No sería extraño que hubiese tenido más que simple amistad con la chiquitina (así pudiera explicarse el profundo conocimiento sobre la ropa interior de la casquivana muchachita que se estruja en la calle, a la luz de los faroles, con algún tenorio del barrio).

Esta vida mísera, aplastante, de la gente venida a menos, tan común entre los pobres vergonzantes de Santiago, la ha sentido Mook sincera y apasionadamente; y en eso, verdadera facultad de novelista está lo más vivo y substancial de su obra. Mientras el autor, con una piedad sentimental que a veces degenera en sensiblería, lamenta el alma simple y candorosa de su protagonista, de la *pobrecita*, está muy bien: poeta, humano, viril; pero un día, «Los Diez» llamaron a concurso y esta novela que bullía con frescura espontánea en la cabeza bonachona del autor de Isabel Sandoval empezó a sufrir una transformación radical. Le pasó a Mook, se me ocurre, lo que a las mujeres embarazadas cuando se dan un golpe, es decir, dió a luz antes de tiempo: trató de conformar su argumento al gusto del jurado; y de aquí nació el gato, es decir, una piel de gato debajo de la cual se escondió Mook, animalito demasiado pequeño para un hombre tan desarrollado, y de ahí que sus crespos románticos desbordasen ampulosamente por entre los bigotes impertinentes del felino. Mook hincó la rodilla ante su majestad el Jurado

y aunque ganó los cuatrocientos pesos echó a perder la espontaneidad humana de su novela; pero de imprevisto, el muchacho apasionado y sano, enemigo de trabas y prejuicios literarios, echa al diablo la piel del gato simbólico y entonces vemos a Mook comiendo puchero sin jugo, entre trago y trago de agua (vino barato a las veces).

VASO DE ARCILLA...—*Carlos Acuña*.—Santiago, 1917.

Un profesor de retórica clasificaría a Carlos Acuña entre los poetas bucólicos, autores de pastorelas, vaquerías y serranillas: tiene, en efecto, este cantor criollo toda la candorosa malicia del campo chileno; el aroma punzante de las albahacas que crecen a la margen de los esteros o que se marchitan en el pecho robusto de una campesina. Puede Acuña, como el poeta francés, el pintor panteísta de las landas, decir que *sus padres labraban la tierra y que él la canta...* Canta la tierra... *Pidenes del arrebol, lazos de tientos como culebras, desprecios agrios como agua salá, guasos con el sombrero ladeado al ojo, baladas criollas*, en una palabra, que surgen espontáneamente del alma del poeta: tal un soplo de viento entre las ramas reverdecidas de un álamo, que se espeja en una corriente cristalina...

Al pasar por el alma del artista todo ese tosco aroma del campo chileno, se depura, pierde su rudeza sin dejar de ser profundamente humano... Ese *cántaro de greda* se convierte en un *vaso de arcilla* simplemente.

Libros extranjeros

PANTHEOS.—Carlos Sabat Ercaasty es uno de los más vibrantes poetas modernos del Uruguay. En su libro *Pantheos* ha reunido cinco composiciones en verso, que, por su extensión y el alcance de sus ideas, son verdaderos poemas, y siete trabajos en prosa lírica que revelan la riqueza de su intelecto y la facilidad y corrección de su estilo.

Los títulos de sus versos son: «La Esfinge», «Nirvana», «La Montaña», «Urania», «El Arbol». Y los de sus prosas: «Al poeta que viene», «El Hombre», «Anunciación», «El Comienzo», «Más allá», «El Héroe y la Ruta», «El Placer armonioso». En todos aparecen brillantemente sus cualidades de poeta fervoroso, de vate anunciador. El señor Sabat Ercaasty es un visionario. Lo preocupan, más que la belleza artística de los aspectos de la naturaleza que admira, su contenido moral, sus evaporaciones de ensueño. Es un afirmador de la vida, un hombre lleno de fe en lo futuro, de confianza ilimitada en las promesas de la luz y de los horizontes. Entre la endeble maraña de los versos y las prosas ultramodernistas que nos cierran el paso con sus vanos intentos de ser una selva de misterio, su obra es un rosario lleno de vida, de luz y de aromas.

LAS EPOPEYAS.—El cultísimo escritor argentino señor don Miguel Escalada, ha publicado un volumen de estudios sobre las epopeyas. La obra está dividida en diez partes: «El ciclo índico», «Ilíada», «La Eneida», «Jerusalén Libertada», «Kalevala», «Nibelungos», «Niños y Ancianos de la Biblia», «Las Lusiadas», «La Divina Comedia», «Don Quijote». Cada uno de estos estudios es un resumen en veinte o treinta páginas, del poema cuya belleza comenta el autor con admirable sagacidad y tino. Presentándonos las escenas culminantes para ampliar el sentido de sus valores reales o simbólicos, o extendiendo simplemente ante nuestros ojos un cuadro, el más épico, de esas narraciones, nos las hace admirar una vez más, y junto con esto, reconocer en el autor a uno de los más finos y sobrios escritores argentinos. El señor Escalada posee un estilo correcto y flúido. No hay en sus frases ni el acaso excesivo color de los modernistas, ni la enervante aridez de los clásicos. Es moderno, pero preciso y claro y armonioso.